

O SEL LING

Lama Yeshe y Lama Zopa celebraron en 1977 y 1978 dos cursos de meditación en la isla de Ibiza. Fue tanto la admiración y el entusiasmo que experimentamos los asistentes, que decidimos formar una pequeña comunidad para poder continuar practicando las enseñanzas de Buda Dharma que nos habían transmitido.

En una reunión que sostuvimos con Lama Yeshe después de finalizar el segundo curso y en la que participamos una decena de estudiantes, le pedimos consejo para crear un centro.

Lama nos aconsejó que buscáramos un lugar en la península, a ser posible en el campo, cerca de una ciudad y no lejos de un aeropuerto. Ibiza había sido un buen comienzo y había actuado como un laboratorio, pero las condiciones no eran las ideales para crear un centro de meditación.

En la Banca March de Ibiza teníamos dinero de donaciones, como la del madrileño Pepe Giral que donó 1.600.000 de las antiguas pesetas, y otras donaciones que habíamos recibido de otras generosas personas. También había algún dinero extra recaudado del superávit del curso de meditación que había sido todo un éxito.

En el año 1979 varios estudiantes comenzaron a buscar intensamente por diferentes regiones españolas un lugar en donde pudiésemos establecernos para crear la comunidad que tanto deseábamos.

En las afueras del pueblo de Monóvar (Alicante) surgió la oportunidad de alquilar una gran casa. En aquel lugar podía albergarse un buen grupo de personas como residencia provisional hasta encontrar un lugar de propiedad para trasladarnos todos y poder habilitar un espacio definitivo.

A Monóvar fuimos unas cuantas parejas con niños incluidos y otros tantos individuales. A los pocos meses de convivir en comunidad, se comenzaron los trámites para traer a un Lama residente y acompañado de un traductor para que tuviésemos un guía espiritual que formara parte de la joven comunidad.

Lama Yeshe había nombrado directora a una monja de Granada, Anila Jampa Chooky, que vivía entre Nepal, India y España. Yo ya la conocía desde el primer curso de meditación en el año 1977 en Ibiza. La mayoría conocíamos su carácter autoritario y su reducida simpatía, pero todo cuanto ella hacía allí en donde estuviese, el lugar se transformaba positivamente de forma admirable. Anila tenía los votos de monja totalmente ordenada, siempre vestía los hábitos budistas correspondientes y mantenía sus compromisos diarios. Todo ello hacía que el lugar donde nos encontrábamos se liberara automáticamente de cualquier obstáculo que impidiese desarrollar los deseos que nuestro querido maestro Lama Yeshe le había encomendado.

Pasaba el tiempo y todavía no se había encontrado el lugar definitivo para nuestro centro. Anila decidió buscarlo ella misma, desoyendo las opiniones de personas inteligentes e influyentes que formaban parte de la comunidad y que querían delegar la búsqueda en otros miembros de la comunidad. Pero Anila hacía todo lo que

consideraba que debía de hacer, por eso no dudó en desplazarse a su ciudad natal, Granada, con la intuición de que allí encontraría un lugar apropiado.

Subió a la Alpujarra para investigar las posibilidades que ofrecía aquel alto lugar entre montañas. Anila pasó por Lanjarón y Orgiva y no sintió nada especial. Continuó subiendo hasta alcanzar el pueblo de Pampaneira, que pareció agradarle mucho más. Entró en el único bar del pueblo: Comidas Casa Diego, y le preguntó al propietario Diego Carrascosa si conocía algún cortijo que estuviese a la venta. Éste, sorprendido por la imagen desconocida y tan exótica de Anila no dudó en responderle que él mismo tenía un cortijo de 25 hectáreas de tierra que era de la familia de sus padres, pero que hacía más de 15 años que estaba abandonado. Anila le preguntó cuándo podrían ir a verlo. El dueño del bar, que tenía un Land Rover, le propuso visitar el lugar al día siguiente.

Por la mañana se encontraron muy temprano y comenzaron a subir por caminos de curvas tortuosas, llenos de baches y envueltos por una densa niebla que a duras penas les permitía ver el paisaje. Pero Anila percibió entre las nubes y los claros una visión, un paisaje que le recordaba a Nepal, con un amplio valle a sus pies y un horizonte interminable que incluía de fondo la masa azul del Mediterráneo.

Llegaron al cortijo que estaba en ruinas, aislado y con un amplio terreno totalmente yermo. Anila sintió que aquel lugar reunía las condiciones perfectas para un centro de meditación y de retiro. Sin titubear le preguntó cuánto pedía. Diego le dio la cifra de 3.500.000 pesetas. Anila, sin regatear, aceptó el precio conviniendo que ella le entregaba un millón y medio y el resto en cuatro plazos de 500.000 pts. en el transcurso de dos años. Hicieron un documento de compra venta provisional, y Anila regresó a Monóvar sin ver ninguna otra posibilidad más por la zona, para darnos la buena noticia de su gran hallazgo.

Anila nos entregó toda la documentación y nos encomendó que nos ocupásemos de legalizarlo adecuadamente, y comenzásemos a desarrollar el nuevo centro que había encontrado. Ella, a los pocos días, regresó a Nepal para iniciar un nuevo retiro en solitario en las montañas.

Ningún miembro de la comunidad conocía la Alpujarra granadina, pero todos teníamos mucha curiosidad por visitar la nueva tierra comprada que visualizábamos como un Edén.

Los que más entendían sobre operaciones inmobiliarias y legalización de escrituras se desplazaron para cerrar la operación. A su regreso, venían totalmente decepcionados porque el lugar no tenía ni la más mínima condición de habitabilidad, el cortijo estaba en ruinas, la carretera quedaba lejos del cortijo y era imposible el acceso, a menos que se realizara en 4x4, además el pueblo estaba a una distancia considerable. Parecía un proyecto imposible y un desastre económico. Hubo varias excursiones de miembros de

la comunidad y cuando regresaban su comentario era el mismo: ¡¡imposible crear algo allí!! Hay que vender esa tierra y recuperar el dinero inmediatamente.

Yo hablé con María, mi pareja, y con el resto de la comunidad y les propuse ir yo sólo durante varios días para poder inspeccionar la nueva propiedad. Hice el viaje con la furgoneta cargada con algunas herramientas. Me acerqué hasta Pampaneira para saludar al expropiatorio del cortijo de la Atalaya, así se llamaba la propiedad que ahora era nuestra, y le pedí que me explicara cómo llegar hasta allí. Con las indicaciones que Diego me dio, me aventuré, pero me equivoqué de camino y llegué hasta otro cortijo que estaba mucho más arriba del que yo buscaba. El cortijo donde aparecí se llamaba “La mete hambre”. Su propietario andaba trabajando por allí, se llamaba Frasquito de Soportújar y a primera vista era un poco desgarbado, con una pronunciada nariz, cara de labriego bastante feo, de hablar empalagoso y difícil de entender por el acento. Le pregunté por el cortijo de la Atalaya. Con su lenguaje me hizo entender que eso estaba mucho más abajo y que había errado mi búsqueda. Miró la furgoneta Citroën y me dijo que con ese coche no llegaría al cortijo, tenía que dejarlo a más de 500 metros de distancia de mi destino y seguir a pie. Frasquito sintió mucha curiosidad por saber quién era yo, de dónde venía, cuáles eran mis intenciones al comprar el cortijo...Nos caímos bien y me invitó a un pequeño vaso de vino turbio difícil de tragar. Después de interrogarme durante un buen rato, se ofreció a acompañarme hasta la parte más alta de la Atalaya. Bajamos a pié por una cuesta muy pronunciada y fueron apareciendo grandes extensiones de terreno sembrado de un tupido verde combinado con un cielo azul turquesa. La nítida atmósfera, el profundo valle de la Contraviesa, la Sierra de Lújar y el mar de fondo, me hicieron experimentar una sensación de frescor en el corazón que literalmente me decía: ¡¡Este es, sin ninguna duda el lugar que tanto deseábamos!!

Llegamos hasta lo alto de una oquedad donde sobresalían un grupo de altos chopos destacando del paisaje. Por debajo de los árboles se oía el agua de un manantial que se mezclaba con los sonoros movimientos del ramaje y el roce de las hojas de los árboles. Esto me producía un sentimiento vivo, bello, de emocionante alegría. ¿Cómo podría contar todo lo que sentía al resto de la comunidad? Probablemente me dirían que era un realismo ingenuo, una ilusión de mis sentidos y una compleja proyección para darme importancia ante los demás, pero yo vería normal esos comentarios porque ciertamente no sabría cómo explicar esos sentimientos. Además, la mayoría ya habían visitado el lugar rechazándolo completamente, no creían posible desarrollar algo tan complejo, tal y como lo habíamos soñado.

Frasquito, desde lo alto, me señaló las ruinas de una casa que antaño había sido un hogar, los techos hundidos con montones de vigas de madera podridas y enredadas entre las piedras, a su alrededor todo estaba invadido por la maleza y las zarzas. Señalándome con el dedo, Frasquito me hizo en el aire un dibujo virtual de los límites del terreno que correspondía a la finca.

El buen hombre me ofreció su ayuda en caso de que la necesitase y regresamos a su cortijo. Me despedí de él y le dije que ya me acercaría para hacerle otra visita.

Subí con el coche cargado con las herramientas, una carretilla de mano, un camping gas, un saco de dormir y algo de comida. No era un colono con la casa a cuestas, tan sólo era un atrevido inconsciente que no sabía lo que estaba haciendo en un lugar tan remoto, lejos de mis hijos, de la mujer que compartía mi vida y de mis compañeros, que aunque tuviéramos opiniones diferentes compartíamos un bonito sueño.

Cargué todo en la carretilla y subiendo la cuesta noté cómo la presión de la altitud colapsaba mis pulmones. Continué caminando por la agotadora pendiente, resollando como un pobre animal, hasta que logré llegar a la casa. Busqué dónde instalar mi cuartel general con mis pocas pertenencias.

Solo había dos cuartos con techo, uno de ellos en la parte norte donde ahora está ubicada la cocina general. El techo tenía menos de un metro y medio de alto y había sido utilizado como conejeras. Había unas pequeñas cajoneras rectangulares hechas de obra de un palmo de altas y con varias entradas y salidas por los laterales a todo lo largo y ancho de la habitación para que los conejos transitaran sintiéndose protegidos. El suelo, empedrado con piedras incrustadas en la tierra, impecablemente conservado. La desvencijada puerta de tablas atadas con alambres y sin pernos se sostenía difícilmente, pero hacía su servicio para impedir que entraran las vacas, cabras y ovejas que pululaban pastando por los alrededores. El otro cuarto con techo estaba en la parte oeste, pero era menos recogido y estaba lleno de excrementos de animales.

¿Bueno, y ahora qué? Yo raramente programaba con detalle las actividades a realizar. Tenía algo de intuición, fuerza y determinación, pero no era habitual que planificara de antemano cualquier proyecto a corto o largo plazo. Mis iniciativas en grupo se reducían enormemente porque aunque mis ideas fluían continuamente, me costaba traducirlas en palabras. Cuando alguna idea maduraba y trataba de exponerla, los otros ya habían explicado las suyas oralmente, sobre el papel o la pizarra. Ahora yo estaba allí sólo, en un lugar aislado, desconocido, incómodo, sin la influencia de nadie que me orientara a seguir un plan. Sólo me quedaba relajarme, estar en calma e impregnarme de la atmósfera de aquel lugar para dejar que mi genuina creatividad se activara para comenzar el trabajo. Gracias a los cursos de meditación y los retiros pude desarrollar algo de concentración mental con la continuada práctica por la mañana y por la noche. Antes de cada sesión, le pedía a mi maestro Lama Yeshe que me ayudase e inspirase a seguir sus santos deseos.

El silencio de la meditación me ayudó a estudiar los pensamientos descontrolados que surgían frecuentemente sin avisar: ¿Qué hago aquí? ¿Qué sentido tiene estar sólo y apabullado? La meditación fue el catalizador para el ahorro de la energía física y mental. Una de las cosas que también me ayudaron e inspiraron durante aquellos días, fue el libro de la vida de Milarepa, un santo tibetano que había alcanzado la

iluminación gracias a los arduos trabajos que su maestro Marpa le designaba para que purificase su mente de las atrocidades y el dolor que había causado a muchas personas.

Mi delicada estructura mental se fortaleció con la lectura, actividad que hacía a la luz de unas velas antes de irme a dormir. Con la meditación, la mente se tornaba más cálida, serena y controlada y me hacía dormir profundamente. Una noche aterrizó sobre mi saco de dormir una pequeña culebra que andaba por entre las vigas del techo, la culebra se asustó mucho más que yo y finalmente desapareció en la oscuridad.

Durante el día me dedicaba a cortar las pinchosas zarzas, gayombas y otros arbustos que habían crecido entre las ruinas y en los alrededores del cortijo. Quería aclarar el perímetro para tener una ligera idea de las posibilidades que ofrecía aquel lugar. Después saqué las piedras, las vigas de las habitaciones derruidas, los ladrillos de un horno que también había sucumbido al paso del tiempo y al peso de los techos caídos.

Trabajaba duramente y sin horario. Estaba entusiasmado por realizar lo que el intenso diálogo conmigo mismo me proponía hacer antes de comenzar cualquier iniciativa. Me esforzaba tanto en realizar aquellas proyecciones que me había propuesto, que al final del día caía rendido por el rudo trabajo. Tenía energía, entusiasmo, determinación, pero no tenía los medios adecuados para realizar un trabajo continuado y del todo efectivo.

Mi alimentación era precaria e insuficiente para un trabajo tan duro, con latas de conserva de atún, sardinas y caballa, algunos fiambres, pan seco, frutos de la zona: nueces y manzanas agrias, no era posible continuar, y a pesar de todo el café malta que tomaba, estaba desfallecido. El clima tan seco me producía mucha sed y por mucho que bebía no la saciaba, era un placer beber agua por lo fresquita que estaba, pero se me hinchaba el estómago produciéndome malestar en las digestiones. Al cuarto día no pude resistir más y decidí que era el momento de iniciar el regreso de vuelta al punto de partida: Monóvar.

Interiormente sentía que el proyecto era posible y que sería capaz de levantar nuestro centro en aquel desastroso lugar. Tenía esa sensación porque en la zona más profunda y sutil de mi mente, escondida a presión, existía esa realidad. Aún así, era difícil compartirla para que los demás pudieran creerme firmemente. No tenía cámara de fotos, sin embargo toda la información que pude transmitir oralmente a la comunidad de Monóvar les entusiasmó.

Los únicos compañeros que no habían visitado la Atalaya eran José Juan Ortiz y Patricia Baeza y su perrito chihuahua de nombre Matías, que ella siempre llevaba en los brazos como a un hijo. Me propusieron ir juntos durante unos días para ver y estudiar la zona. Tenían una furgoneta grande que incluso estaba acondicionada para dormir. Nos aventuramos a viajar los tres con Matías. El viaje fue terrible para mí,

sobre todo cuando comenzamos la ascensión desde la curva de las Angustias, antes de llegar a Lanjarón, y después toda la ascensión hasta el cortijo. El malestar debido al mareo me dejó maltrecho.

Permanecimos en el lugar varios días, inspeccionando las fuentes y los turnos de la acequia. Los turnos se hacían por días y horas cada quince días para que el agua llegara a todos los cortijos de la zona. Patricia y José Juan estaban encantados con tanta belleza, el buen tiempo ayudó a que se enamoraran del lugar. También organizaron todo el papeleo para el cambio de nombre de la finca, ellos entendían muy bien sobre estas cuestiones legales, después, regresamos a Monóvar.

François, uno de los organizadores de los cursos en Ibiza, fue informado sobre la compra del terreno e inmediatamente fue a conocerlo. Él, al igual que yo, quedé encantado por su belleza, por el potencial que ofrecía para crear el lugar ideal para el retiro y la meditación.

Lama Yeshe fue invitado a visitar la nueva tierra para que diera su opinión sobre lo que se podía hacer con ella a corto y largo plazo. Lama aceptó la propuesta y con un grupo desde Madrid viajaron hasta el cortijo de la Atalaya. Lama, nada más llegar quedó entusiasmado por el lugar, la ubicación y las dimensiones. A unos metros de las ruinas del cortijo había dos nogales centenarios de grandes dimensiones. Bajo su protección, hicieron un pic-nic. Después, Lama pidió que lo dejaran sólo y entró en la habitación de la conejera, donde yo había dormido anteriormente y la preparó para realizar un ritual "Puja". Estuvo un buen rato recitando oraciones y haciendo sonar su campana. Cuando finalizó el ritual, cogió el agua que había utilizado en la ceremonia, se subió el "septan" (falda de monje) hasta las rodillas para poder desplazarse montaña arriba, y caminando por una extensa área fue esparciendo el agua para bendecir los lugares por los que pasaba. Después comentó que aquel lugar era de un nivel bajo para hacer negocios, era de nivel medio para vivir en comunidad y era de un nivel excelente para centro de retiros, y lo bautizó como Centro Nagarjuna.

François puso a disposición del nuevo proyecto sus conocimientos sobre arquitectura, y se ofreció como director general. Lama Yeshe aceptó la propuesta comunicándolo a la oficina central.

François y yo hablamos de la posibilidad de establecernos en el pueblo de Bubión y desde allí subir al centro para trabajar. François se había separado de su esposa Dominique dejando a sus dos hijos varones con ella en Ibiza, por tanto no tenía nada que le retuviera. Le dije que me buscara una casa de alquiler para trasladarme con mi familia: María y nuestros hijos: Yeshe y Harmony, para establecernos en el pueblo de Bubión. François me alquiló parte de una casa que el propietario había dividido en dos partes, una para nosotros y la otra parte más pequeña para otro forastero.

María y yo aceptamos la propuesta. Alquilé un pequeño camión desde Monóvar a Granada, cargamos las cuatro cosas que María había acumulado de su anterior

matrimonio: un par de armarios, camas, cunas para los niños, ropa de cama, menaje de cocina...Y lo trasladé todo al nuevo hogar en Bubión. Instalé todos los muebles y la acondicioné, regresando después con el mismo camión nuevamente a Monóvar para recoger a la familia.

Con una fe firme viajamos los cuatro con la furgoneta Citroën al nuevo mundo que nos esperaba, con cierta incertidumbre de lo que podría suceder. Como la furgoneta estaba acondicionada por dentro con camitas para los niños, toda la carga la colocamos sobre la baca del techo, muy bien amarrada, formando un aparatoso volumen que hacía de pantalla frenando la inercia del coche. En las subidas formábamos caravana sin poder remediarlo, sobre todo, una vez pasado Guadix donde comenzaba el puerto de la Mora.

Llegamos a Bubión y nos instalamos. No era una casa cómoda, tenía dos niveles: la parte baja había sido usada como corral y en la parte superior estaba la vivienda que constaba de dos cuartos. Uno de los cuartos era grande y daba al norte, el otro era muy pequeño y carecía de ventana. También tenía un diminuto cuarto de baño y orientado al suroeste un salón comedor con cocina y una pequeña terraza que daba a la estrecha callejuela del pueblo. La escalera de subida al salón de la vivienda era irregular, con mucha pendiente y con escalones de diferentes alturas, nuestro hijo Yeshe ya tenía más de tres años por lo que ésto suponía un inminente peligro para él, pero muy pronto desarrolló su propia técnica para superarlas. Harmony gateaba, por lo tanto, para evitar que se desplazara por la escalera, coloqué una pequeña puertecita de madera para frenar sus deseos de exploración. No teníamos lavadora, pero sí agua caliente, que nos la proporcionaba un pequeño calentador de gas butano. María no se sentía cómoda en esa casa tan destartada pero fue admirable su adaptación, con suma rapidez y admirable maestría organizó nuestro nuevo hogar. Sinceramente no había nadie mejor que María para manejar a una familia de cuatro miembros. Eso era lo que a mí me tenía totalmente enamorado de María: sus grandes dotes organizativas, la lucidez de su visión tan inmediata, su capacidad para saber lo que se debía hacer en cada momento, yo asumía sus sugerencias, porque las entendía y inmediatamente las realizaba con precisión y a su gusto. Nadie la entendía tan bien como yo, jamás discutíamos porque éramos responsables, trabajadores y confiábamos plenamente el uno del otro.

Comencé a trabajar de peón con un grupo del pueblo que construían y reparaban casas por la zona, así tendría la oportunidad de aprender los métodos tradicionales de la construcción alpujarreña y también obtener algunos ingresos para la familia. Más tarde, contratamos a este mismo grupo para trabajar en el centro con el primer proyecto, que consistía en tirar el techo de la conejera, levantar los muros, hacer ventanas y volver a techar. Todo bajo la dirección de François. Yo me integré con el grupo como un trabajador más. En pocos días la habitación que yo había utilizado para dormir y Lama Yeshe para su ceremonia, se transformó en un espacio fantástico para

albergar una amplia cocina. Ahora faltaba definirla interiormente: fregadero, agua corriente, desagües, fosa séptica, cocina de gas, almacén... Y a continuación construir por la montaña la primera casita de retiros para poner en marcha el proyecto siguiendo la visión de nuestro querido maestro Lama Yeshe.

Lama nos dio unas claras directrices de cómo desarrollar el centro de retiros paso a paso. Lo primero que había que hacer era una casita de retiros y arreglar habitaciones del cortijo para ofrecerla y que fuese utilizada por meditadores. Lo siguiente, una cocina con cocinero residente para alimentar a las personas que vinieran al centro con la determinación de meditar en solitario. Lama decía que el centro no debería ser sólo para budistas, no había que discriminar si eran de la tradición Católica, Musulmana, Hinduista, Judía o de cualquier otra ideología. Lo que sí se les pedía era que observasen y respetasen las normas básicas que se establecían en todo los centros de meditación y de retiros. Lama Yeshe consideraba que era sumamente importante establecer estas normas para que fuesen respetadas por todos, si alguno de los meditadores no las respetaba, entonces amablemente se le invitaría a abandonar el centro. Estas observaciones consistían en los cinco votos raíces:

1ª No matar deliberadamente a ningún ser vivo.

2ª No apropiarse indebidamente de aquello que no se le había ofrecido.

3ª No tomar ninguna clase de tóxico (incluido el tabaco y el alcohol).

4ª No mentir ni exagerar.

5ª Abstenerse de mantener relaciones sexuales con un tercero.

El magnífico Philip (otro de los organizadores de los cursos en Ibiza), apareció por allí espontáneamente iluminando la zona con su alegre energía. Aunque la relación con François no era del todo amistosa, Philip se incorporó con nosotros dos para colaborar con sus amplios conocimientos, trabajo físico y aportaciones económicas. Aunque Philip no se definía como discípulo de Lama Yeshe, le tenía gran respeto y devoción. Le gustó el potencial que ofrecía la nueva tierra e inmediatamente prestó su colaboración. Subimos al centro para determinar el lugar de ubicación de la primera casita de retiros.

Estando los tres de pie en una explanada junto a las ruinas del cortijo, pensando cuál era el mejor lugar para la ubicación de la casita, Philip me pregunta a mí: ¿Paco qué lugar elegirías tú? De manera inconsciente mi cuerpo se giró, levanté el brazo y señalando con el dedo a una roca que sobresalía por el noroeste les dije: ¡¡Allí!! El lugar que había señalado estaba a unos 100 metros sobre el cortijo. Subimos y encontramos una especie de explanada indefinida totalmente llena de enormes piedras y una roca que sobresalía por detrás. La vista era espectacular, se podía ver el cortijo, los grandes prados escalonados del terreno, el valle de Órgiva, la montaña de Sierra Lújar y al fondo el mar Mediterráneo. Nos pusimos de acuerdo en levantar allí

mismo la primera casita de retiros. Philip se comprometió a comprar las herramientas y vino al siguiente día con palancas de hierro, picos, palas, cuerdas, carretilla...

La señora Louis Dauré fue informada por su hijo François sobre el proyecto de la casita, inmediatamente ella se ofreció a financiar todos los costes de la construcción. Entusiasmados por la donación comenzamos los tres a trabajar.

Movimos con gran esfuerzo las grandes losas que habían ido deslizándose de las rocas, rellenamos con grandes piedras los huecos y apartamos a mano un enorme volumen de piedras medianas y pequeñas para la construcción de los muros de la futura casita. Después de varios días de intenso trabajo conseguimos crear una explanada sólida que serviría como cimientos para levantar la casita. Con los picos y las palas fuimos comiendo parte de la montaña para ampliar la explanada y la tierra resultante serviría como argamasa (barro) para sujetar las piedras del muro de la pequeña construcción.

Quedamos muy satisfechos con el resultado, pero nosotros no teníamos los conocimientos ni la experiencia práctica para la construcción tradicional de piedra.

Para poder llegar hasta el cortijo en coche abrimos una carretera con un tractor de un vecino que tenía una pala en la parte delantera con la cual logramos, no sin dificultades, crear una estrecha e incómoda carretera de acceso.

Entre los años 1980 y 1990 no había que pedir permiso a los ayuntamientos ni a ningún organismo estatal para construir en la montaña, abrir carreteras con máquinas o cortar árboles. Eso nos daba mucha libertad para poner en marcha cualquier proyecto que considerásemos adecuado.

Contratamos a un señor del pueblo de Bubión para construir la casita. Frasquito Raimundo era su nombre. Su aspecto era genuinamente alpujarreño, con algunas verrugas por la cara y un rostro asimétrico, pero todo lo que no tenía de atractivo lo compensaba por su gran nobleza y buen corazón. Era muy firme en sus convicciones, contaba historias populares y se hacía entender con ejemplos. Era un incansable trabajador y un gran maestro en la construcción tradicional de piedra.

Subimos con Frasquito, como maestro de obras, para planificar y organizar cómo hacer llegar los materiales hasta aquel lugar inaccesible para cualquier vehículo. Se necesitaba arena y cemento para rellenar la explanada que habíamos creado con las grandes losas, y unir las con cemento sólidamente para que sirvieran como cimientos. La arena teníamos que transportarla desde la cantera hasta el cortijo en un pequeño camión a través de la estrecha carretera que habíamos creado. Después, esa arena tenía que ser cargada y transportada en serones por un mulo a través de las sinuosas sendas hasta el lugar de la obra. El agua sería transportada desde la fuente por medio de una manguera hasta un gran bidón de lata donde la cogíamos con cubos para hacer la mezcla de arena y cemento, que se amasaría en el suelo con un rodillo a fuerza de riñones.



Todos los días de la semana a las siete de la mañana, excepto los domingos, subíamos en nuestra furgoneta Citroën 2 CV y regresábamos al final de la tarde. Para poder subir las cuestas colocaba un par de sacos de cemento de 50 Kg en el capó para que las ruedas no patinaran, y si no llevábamos cemento entonces subíamos marcha atrás, porque el coche era de tracción delantera.

Para mí, el trabajo de mover tantos materiales de un lado a otro y amasar la tierra con el agua para lograr hacer la mezcla del barro me resultaba intensísimo, porque mi cuerpo no estaba acostumbrado a ese tipo de trabajo tan físico. La altitud también era otro hándicap, porque trabajar a 1.600 metros de altitud sin estar adaptado te dejaba al final de la jornada completamente extenuado.

Era emocionante ver cómo de un montón de piedras por allí esparcidas y con la vasta tierra transformada en barro podía crearse algo tan bello y artístico ¿Cómo era posible dar forma a unos muros a dos caras con tanta precisión, empaquetando ambos elementos y siendo las piedras tan desiguales? Las manos de Frasquito trataban las piedras con mimo, acariciándolas. Incluso cuando las golpeaba con el martillo para quitarles algunas esquirlas era cuidadoso. De las piedras que yo le iba colocando cerca de él, raramente se equivocaba al elegir la piedra siguiente, optando por la adecuada, la que encajaría con la piedra anterior y juntas compartirían una eternidad. Durante el trabajo, hablábamos de todo, Frasquito me preguntaba de dónde venía, cómo habíamos ido a parar hasta allí... Yo le respondía con toda sinceridad, pero a veces, soltaba alguna pregunta y yo me daba cuenta de que no había entendido nada. Frasquito me preguntaba todo desconcertado:

-¿Por qué pollas no construís la casita más cerca del cortijo, que todo queda más a mano? Yo le explicaba que la casita, al estar aislada, facilitaba la práctica de meditación en solitario.

-¿Pero qué *güevos* es eso de la meditación?

-Pues uno se observa en silencio para ver qué es lo que sucede en el interior y obtener respuesta al sufrimiento que experimentamos al nacer, envejecer, enfermar y morir.

-¡¡Estáis *ennortaos*!! (en alpujarreño atontaos). Yo no sufro *naica* (nada) mientras tenga un sueldo, estar con mi mujer, tener unas buenas tajás de marrano, tener un vaso de vino para remojar el *galillo* y vivir en mi casa, así soy feliz.

Entonces, le ponía un ejemplo simple y comprensible de algún leve sufrimiento que pasaba inadvertido por nuestra ignorancia:

-He observado en usted, señor Frasquito, cuando está arreglando una piedra con el martillo y lleva el cigarrillo encendido entre los labios que el humo se le introduce por los ojos teniéndolos que cerrar por el dolor que le produce el molesto lagrimeo, y aunque desencana su cara para evitarlo es incapaz de soltar el cigarrillo. ¿No es eso un tipo de sufrimiento?

-¡¡Eso es porque estoy *apollardao* der *to*!!(atontado del todo). Vosotros sí que sois ignorantes ¿Pero no os dais cuenta de que todo resulta mucho más caro construir en este tajo que allá abajo?

Frasquito tenía sus propias convicciones muy arraigadas, era comunista pero creía en Dios. Nunca iba a misa porque no creía en la iglesia ni en los curas. Tampoco se dejaba disuadir por los caciques del pueblo, que para llegar a la alcaldía compraban el voto de la gente o les amenazaban con la discriminación. Frasquito no era violento pero tenía una lengua muy afilada.

Tardamos varias semanas en levantar los muros de la casita, bajo la dirección de François dejamos los huecos de la puerta de entrada de dos ventanas orientadas hacia el sur y también un ventanuco hacia el este. No teníamos las vigas de castaño que se necesitaban para hacer el techo tradicional alpujarreño, había que comprarlas de algún castañar de la zona. Los propietarios de los castaños cortaban los árboles dejándolos tirados en el suelo durante un par de años para que secasen, pero tuvimos suerte porque un matrimonio alemán, Enrico y Yuta, seguidores del budismo, compraron una tierra con cortijo a unos kilómetros más abajo del centro. Comenzaron su restauración desmontando los viejos techos para colocar vigas nuevas de castaño, Enrico ofreció las vigas viejas para el centro, Frasquito y yo fuimos a verlas y en opinión de Frasquito, quitándole lo podrido y limpiándolas bien, servirían. Con el tractor del vecino, que nos hizo la carretera, las subimos hasta la explanada y desde allí hasta la casita, las cargamos una a una sobre los hombros.

En poco más de un mes y medio finalizamos la construcción de la primera casita de retiros, se le bautizó con el nombre de Buda Cave. Lama Yeshe nos dio una larga lista de nombres y éste era el primero.

Desde el cortijo, la casita se veía como si hubiese crecido espontáneamente de entre los tajos de piedra que sobresalían junto con las encinas y los robles. La construcción estaba totalmente integrada en el medio. Para mí, fue un aprendizaje que jamás olvidaré. Frasquito me transmitió el conocimiento práctico y técnico de la construcción árabe. Jamás me podría haber imaginado que fuera tan apasionante. A partir de esa experiencia no dejé de desarrollarla. El dinero se acabó y a Frasquito no lo volvimos a contratar hasta más adelante.

En ese tiempo María estaba embarazada de ocho meses de nuestro tercer hijo, y continuar viviendo en la casa de alquiler tan precaria en la que estábamos le resultaba difícil.

François con un socio del pueblo habían iniciado la construcción de un pequeño barrio (la Mecila) en una de las laderas del mismo pueblo de Bubión, como muestra, construyeron una pequeña casita piloto para mostrar cómo sería el estilo.

Por iniciativa de María, compramos esa casita gracias a un préstamo hipotecario. A principios de agosto del 1981 nos trasladamos al nuevo hogar y el 13 de ese mismo mes nació nuestro tercer hijo Lobsang Sudrum (buen corazón y perseverancia entusiástica). Dio la casualidad de que por esas fechas el lama residente en Barcelona, Geshe Lobsang Sultrin, estaba en Bubión invitado por nosotros para que conociera y bendijera el nuevo centro, María y yo le pedimos un nombre para nuestro hijo.

La primera casita del centro (Buda cave) fue ocupada durante unos días en retiro por una mujer catalana llamada Núria. Poco después la ocupó por varias semanas un meditador que pertenecía a la orden de “amigos del budismo” con sede en Inglaterra. Yo subía diariamente para trabajar y María preparaba dos fiambreras con la comida del mediodía, una para el meditador y otra para mí.

Durante el retiro del meditador, yo arreglaba la acequia, la alberca y los alrededores del cortijo, porque François tuvo la idea de plantar trigo y centeno en los grandes bancales escalonados que había bajo el cortijo. Aunque los cereales no necesitaban

regarse, los árboles que había en las inmediaciones del cortijo sí que lo necesitaban, por lo tanto, había que traer el agua a través de la acequia hasta el cortijo cuando nos tocaba el turno. Un pastor vecino compraba todos los años al antiguo dueño, los pastos de la Atalaya, para alimentar a su ganado, pero en esta ocasión nosotros hicimos un trueque con el pastor, a cambio de darle los pastos para sus ovejas y cabras él nos arararía los bancales, podaría la viña y abonaría con el estiércol de sus animales todo el terreno a cultivar.

Visita de SS Dalai Lama

A principios del verano de 1982 tuvimos que hacer un despliegue de creatividad y un titánico esfuerzo para preparar el centro de retiros para recibir la visita del SS el Dalai Lama. El gobierno español lo invitó a Madrid como jefe del gobierno tibetano y líder espiritual del Budismo, pero debido a la presión que los chinos ejercieron al gobierno Español éste se retractó y comunicó que no se le recibiría con los honores de jefe de estado. El gobierno tibetano consideró inaceptable la postura de las autoridades españolas y canceló la visita oficial. El Dalai Lama tenía tres días libres en nuestro país y estaba libre de todo compromiso. Inmediatamente Lama Yeshe invitó a SS el Dalai Lama al centro de retiros Nagaryuna en la Alpujarra. Cuando nos lo comunicaron fue como una explosión de endorfinas que nos invadió por completo de una gran alegría, pero al reflexionar sobre la precaria situación en la que nos encontrábamos, la reacción fue de mucha preocupación ¿Qué es lo que le podíamos ofrecer? ¿De qué manera organizarlo? François y María en colaboración con gente de Madrid y de Granada gestionaron todo el programa de la estancia de SS el Dalai Lama: encuentros con las autoridades de Granada, visitas a la ciudad, conferencias... La Alhambra fue cerrada al público para que SS, en exclusiva, pudiese visitarla junto con su séquito. También visitó la catedral, acompañado por el Obispo y dio una pequeña charla en el templo para todos los feligreses asistentes.

Cuando llegó el día señalado en que el Dalai Lama tenía que trasladarse desde Granada a la Alpujarra, el transporte que se había pensado era en coche. Un recorrido de 90 Km nos parecía que era una imprudencia, porque la tortuosa carretera era estrecha y además había cinco kilómetros de pista de tierra desde la carretera general hasta el centro. Las ruedas de los vehículos generarían demasiado polvo para un ser de tanta pureza como SS el Dalai Lama considerado la manifestación del amor y la compasión de todos los Budas.

Se pensó en poner a su disposición un helicóptero, para eso había que alquilarlo con piloto y crear un helipuerto cerca del centro, pero no daba tiempo a prepararlo todo y los costes que supondría para nuestras precarias economías no lo hacían viable. Finalmente ofrecieron un coche todo terreno que encabezaría la comitiva y el séquito iría detrás para no generar polvo. François tuvo la genial idea de contratar un camión

cisterna para que fuese por delante del todo terreno rociando con agua la polvorienta carretera.

Juan y yo trabajamos día y noche construyendo escaleras para acceder al cortijo, las hacíamos con piedra y losas planas de pizarra. Tuvimos que acondicionar la única casita de retiros edificada (Buda Cave) donde SS el Dalai Lama se quedaría para descansar y recibir visitas. Como en el centro no había espacio para el aparcamiento de los cientos de coches que esperábamos, arreglamos una explanada a un kilómetro de distancia monte abajo. En el recorrido, desde el parking improvisado hasta el centro, arreglamos una estrecha senda que marcamos con dos líneas de yeso para que los visitantes pudiesen subir directamente sin perderse por la ladera.

En la era pusimos un centenar de sillas plegables para las autoridades de la comarca y personas mayores. De espaldas al espacio abierto, bello y profundo que daba al barranco de Poqueira y al valle de Órgiva, colocamos una gran lona blanca que trajo Philip y la montamos en la era anclándola y amarrándola con gruesas cuerdas a grandes piedras y a estacas clavadas en la tierra. Para que la lona se mantuviese elevada, estirada y bien suspendida colocamos verticalmente largos puntales de álamo, así creamos un espacio recogido, íntimo y sombrío protegiendo a nuestro ilustre invitado de los rayos del sol. Una vez todo instalado, el espacio se asemejaba a una jaima árabe, el resto de los asistentes se sentaron en el suelo monte arriba a modo de gradas.

Lama Yeshe preparó un trono para que se sentara SS y a su derecha un altar tradicional con las representaciones de deidades budistas. Juan, ese mismo día fue hasta las compuertas de las acequias para traer el agua hasta el centro. El agua en su recorrido por encima de la era, emitía un agradable sonido, refrescando la zona y llenaba las dos albercas que había en la parte alta y baja del cortijo, dando el aspecto de dos lagos cristalinos en los que se reflejaba el cielo azul.

SS el Dalai Lama antes de subir al centro hizo una breve visita al pueblo de Bubión. Los 300 habitantes del pueblo se vistieron con sus mejores ropas, la rondalla del pueblo acompañando en procesión por las calles hicieron sonar sus guitarras y bandurrias desde lo alto del pueblo hasta la iglesia. En el interior del templo, el párroco hizo la presentación y después invitó al Dalai Lama a que diera un sermón, él habló sobre el amor, la compasión y el respeto hacia los demás.

Las tierras del centro de retiros pertenecían a los términos municipales de Pampaneira y Soportújar, pero Bubión era el lugar donde nosotros habíamos elegido vivir. Allí recibíamos la correspondencia, teníamos el teléfono y los meditadores e interesados pasaban por Bubión antes de subir al centro. Allí era donde teníamos nuestra sede central, nuestras vidas familiares, amigos, etc. Ésa era la razón principal por la que se invitó al Dalai Lama a Bubión.

A continuación, subió al centro de retiros durante unas seis horas. Durante ese tiempo, recibió visitas en la casita de retiros Buda Cave, dio una charla en la era a los cientos de personas que asistieron. Antes de iniciar la vuelta a Granada, el Dalai Lama, pidió conocer a los responsables del centro. Yo estaba ocupado en subir y bajar gente desde el centro hasta la carretera cuando me avisaron que el Dalai Lama quería verme, y totalmente sorprendido, pregunté ¿y para qué quiere verme? No lo sabemos me respondieron; desconcertado me acerqué al cortijo para informarme. SS quería conocernos a nosotros tres: a François, a María y a mí. Subimos a la casita donde estaba descansando, nos recibió bajo un “tinao” (Pequeña terraza cubierta) sobre la puerta, nos ofreció un trozo de pastel a cada uno de nosotros agradeciéndonos la labor que estábamos haciendo. Después, puso uno de sus brazos en el hombro de François y el otro brazo sobre el mío y pidió a su asistente que nos fotografiase a los cuatro. François y yo salimos en la instantánea con un trozo de pastel en la mano abierta junto al SS Dalai Lama llorando como niños, a María se la veía tranquila. A continuación nos comunicó que aquel lugar le recordaba a su país: Tíbet, y quería darnos un nombre para este centro: O SEL LING (el lugar de la luz clara).

François contrató a un equipo de técnicos en imagen para que grabara en video todo el recorrido de SS durante los tres días de estancia en Granada y la Alpujarra

La honorable visita de SS al centro de retiros fue el sello que confirmaba nuestra existencia, además, potenciaba la visión de nuestro amado maestro Lama Yeshe y demostraba que ese ambicioso proyecto era posible. Nadie lo veía tan claro como François (director), María (administración) y yo (el que daba forma material a los proyectos). Nuestra devoción a Lama Yeshe era alta, sublime, con plena confianza en su sabiduría, amor y compasión. Pocos confiaban en que un proyecto de ese calibre pudiera tener éxito. La gente de nuestra misma comunidad se desinflaba y no lograba proyectar ese sueño de locos.

Esos locos éramos nosotros, dos amigos que se conocieron muchos años antes, que se querían, se respetaban, se complementaban y se entendían con pocas palabras. Después apareció María, en el segundo curso de meditación en Ibiza (1978). Encajó perfectamente con nosotros, su intuición femenina, su habilidad en las relaciones públicas y en gestiones administrativas nos aportó una nueva energía potenciándonos aún más. A partir de ese momento fuimos tres.

Construcciones innovadoras

Como ya habíamos creado el primer espacio para el retiro, la cocina para servir al meditador y varios cuartos en el cortijo, ahora el siguiente paso era acondicionar una habitación para el cocinero. Una vez que finalizamos la habitación apareció Núria, que había hecho el primer retiro de meditación en Buda Cave. Era simpatizante del budismo, se instaló allí para atender y alimentar a los meditadores que fuesen

llegando. Ahora que había una persona al cuidado de los meditadores podíamos crear nuevos espacios para acoger a más gente. François tenía un gran libro guía con ilustraciones sobre construcciones de todas las épocas de diferentes estilos que indicaba la técnica de construcción paso a paso. Había un sistema que se utilizaba en las guerras modernas para protegerse de las balas y bombas de los enemigos, la construcción era rápida, sólida y muy barata. Consistía en rellenar sacos con tierra y apilarlos uno sobre otro, igual que las trincheras de los militares, pero en nuestro caso sería un rectángulo o círculo con techo incluido de dos metros de alto, tres y medio de largo y dos y medio de ancho. Compramos cientos de sacos y los rellenamos a mano uno a uno con tierra extraída del lugar que habíamos elegido. Como la montaña por naturaleza es pendiente, al extraer la tierra con pico y pala íbamos creando la explanada donde se ubicaría la casita de sacos. Fue todo un éxito, en poco tiempo construimos las cuatro primeras casitas: Lama Song Kapa, Manyuri, Tara y Tilopa. Las acondicionamos por dentro con simplicidad, pusimos un poyete con un pequeño lebrillo incrustado, un grifo con agua corriente y un desagüe que salía libre al exterior, también habilitamos una pequeña cocina de gas para hacer té y calentar la comida, y como no, un altar para colocar las fotos de los maestros y deidades y frente al altar una tarima cuadrada con un cojín para la meditación, delante una mesita para colocar los textos y libros, y en un extremo una cama.

Alargando una manguera desde la fuente hasta las casitas, instalamos un grifo en el exterior con una alcachofa de ducha, entre cuatro palos rodeados de gayombas (arbustos), para impedir la visibilidad, y así disponer de agua corriente en el exterior para el aseo personal. Como la manguera era de color negro tuvimos la idea de colocar unos cuantos metros en círculo de cara al sol para que la calentara durante el día y así obtener agua caliente. Un poco apartado de las casitas excavamos un agujero en la tierra con dos tablones que atravesaban el agujero para posar los pies, que servía como retrete. Cuando el meditador finalizaba su labor, echaba, con una palita, un puñado de virutas de madera, que traíamos en sacos del carpintero del pueblo, así se evitaba que los malos olores atrajeran a los insectos.

Las casitas de sacos fueron muy bien aceptadas, no sólo por ser una construcción orgánica y económica, sino, también a nivel más sutil. Cuando estabas dentro de una de esas cabañas podías percibir la sensación de recogimiento y calma que transmitían esos espacios, que te invitaban a “estar contigo, siendo tú mismo”, soltando tensiones, concentrándote y pudiendo observar el paso de cada uno de los pensamientos que se generaban en la mente. Siendo consciente de esas percepciones y sin dejarte arrastrar por ninguna de ellas, podías ver cómo surgían y desaparecían incesantemente. Eso era posible, gracias al poder de la atención que observaba el movimiento constante del aire de la respiración, su fluidez automática y libre en una atmósfera de total silencio. El aroma de la tierra que contenían los sacos y el tejido de éstos se fundían con el

humo del incienso, que al quemarse en el interior de la cueva creaba un ambiente místico.

Los amigos del budismo con sede en Inglaterra fueron los primeros en llegar y en generar esa clara energía de la meditación que impregnaba las casitas y todo el centro. Esos meditadores eran unos practicantes muy serios, entraban en retiro por varios días o semanas sin dar señales de vida. Sabíamos por las cestas de abastecimiento que colocábamos cerca de sus cuevas de meditación y encontrábamos vacías, que estaban vivos. Estos meditadores fueron los que sustentaron el centro económicamente en la primera etapa. Por parte de nuestra fundación no venía nadie, porque aún no se creía que era posible crear un lugar de tales condiciones y con un potencial tan maravilloso.

La segunda casita construida en forma de cúpula fue otra innovación y totalmente diferente a lo que habíamos hecho hasta ese momento. Para darle la forma de cúpula fue necesario alinear con cuerdas orientativas a fin de seguirlas con ladrillo a ladrillo pegados con yeso sin desviarnos, para que fuese bien sólida la cubrimos con hormigón armado y finalmente la rematamos cubriéndola con tierra. A esta casita se le dio el nombre de Nagaryuna. (El siguiente nombre de la lista que lama Yeshe nos dio).

El centro fue creciendo lentamente porque cualquier trabajo representaba un enorme esfuerzo físico y económico. María y yo con nuestros hijos, viajábamos a intervalos durante semanas por otras provincias para realizar trabajos y ganar dinero para cubrir todas las necesidades de la familia, para después continuar nuestra dedicación al centro de retiros que era nuestra gran pasión.

A principios de 1983 un grupo de estudiantes de Lama Yeshe que se había formado en Madrid, lo invitó a impartir un curso de meditación junto con la iniciación de Yamantaka. No tenían sede fija para el acontecimiento, pero una persona del grupo, Andrés Zala, tenía un chalé en la Avenida de Aster y lo ofreció para ese evento. El chalé no tenía condiciones para el numeroso grupo de asistentes que se esperaba, además estaba repleto de muebles de un hotel que Andrés había vendido y desmantelado, por tanto era inviable. Si se quería hacer algo en ese lugar, Andrés tenía que vender los muebles, y una vez despejado el espacio, comenzar la obra de remodelación. Para ese trabajo pensaron en mí. Cuando me lo comunicaron no dudé en aceptar, se lo consulté a María y ella no se opuso, siempre que no fuera para mucho tiempo. Le dije a François que me iría a Madrid por un tiempo para acondicionar la casa donde Lama Yeshe daría el curso de meditación, se opuso argumentando que no era el momento de dejar de trabajar en el centro de retiros y que si yo me iba se paraba todo. A pesar de sus reparos, mi contestación fue firme y definitiva, me iría a Madrid con o sin su consentimiento. François se encolerizó y me amenazó que si marchaba a Madrid, dejábamos de trabajar juntos. Le contesté que de acuerdo, pero yo haría lo que me mandaba el corazón.

Llegué a Madrid dispuesto en cuerpo y alma para acondicionar el chalé siguiendo las instrucciones de Pablo Giral, José Juan Ortiz y Andrés Zala (organizadores del curso). Las herramientas que llevé eran insuficientes porque había que levantar suelos de terrazo y romper parte del techo para crear un jardín interior. Había que abrir boquetes en los techos para hacer claraboyas y dejar entrar la luz natural, levantar tabiquería para crear divisiones, colocar puertas, pavimentar terrazas... Compraron mazas, picos y palas, y comencé a trabajar. Me instalé en la misma casa porque creí que era el lugar más adecuado. Me habían propuesto otras opciones en casas de particulares, pero elegí quedarme concentrado en el lugar del trabajo. Los organizadores venían a trabajar en su tiempo libre y eso me daba mucho ánimo. Alguna noche me invitaban a salir a cenar, alegrándome el estómago, porque al estar a base de bocadillos mi sistema digestivo se resentía. Echaba en falta la rutina de tocar a mis hijos, abrazarles y besarles. También la compañía de María. Dormir sólo, hacía tiempo que no lo hacía, pero eso me fue bien para desapegarme un poco de algunos placeres mundanos que tenía muy arraigados.

María estaba inquieta porque ya me pasaba del tiempo que habíamos determinado, aunque por teléfono yo le explicaba con todo detalle lo que estaba haciendo, ella quería que volviera pronto. Al final se presentó en Madrid para ver con sus propios ojos en qué estaba invirtiendo el tiempo y le gustó mucho todo lo que vio. Pudimos estar juntos durante dos días y tiempo después supimos que María regresó a Bubión embarazada nuevamente, sería nuestro cuarto hijo, nuestra preciosa Dolma (la que libera de todos los obstáculos).

El grupo de Madrid me compensaba generosamente por mi trabajo y ese dinero se lo enviaba a María. Ellos pertenecían a familias acomodadas, tenían buenas viviendas y unos excelentes trabajos muy bien remunerados, podían permitirse dedicar algo de su tiempo a ayudarme sin que su economía dependiera de ello, en cambio yo, dedicaba todo mi tiempo en ese proyecto y eran los únicos ingresos con los que podía contar para mantener a una familia que había crecido vertiginosamente en poco tiempo.

La obra se dio por finalizada temporalmente unos días antes de celebrarse el curso de meditación que tan sólo duraría un fin de semana. La sala se llenó de antiguos discípulos y de nuevos oyentes expectantes y ansiosos por ver y escuchar, en directo, a un Lama tibetano. Lama Yeshe estuvo majestuoso como siempre, transmitió las enseñanzas del Buda con maestría y sabiduría conquistándonos a todos con derrochadora alegría y su gran energía contagiosa.

María y François vinieron a Madrid el último día para entrevistar a Lama Yeshe. Era una reunión personal en la que participamos sólo nosotros tres. La razón de la entrevista era pedirle a Lama directrices claras y concisas de cómo desarrollar el centro de retiros. Lo grabamos a pulso con una cámara de video casera porque no teníamos trípode. François era el que formulaba las preguntas, porque María y yo no

hablábamos ni entendíamos inglés. Yo aguantaba la cámara fijándola principalmente en la cara de Lama que era muy expresiva y reía constantemente.

Yo nunca he sido demasiado espabilado en exponer cuestiones porque no sé qué decir, fue Lama el que me preguntó si el lugar donde estábamos creando el nuevo centro era limpio y sano, si el agua era buena y si había animales. Yo le respondí que sí a todo y le conté una anécdota que me ocurrió: fui a llenar unas botellas de agua a uno de los manantiales que había esparcidos por el centro, cuando vi a una serpiente de un color verdoso que estaba posada sobre una piedra tomando el sol, se me ocurrió sin meditarlo demasiado, que deseaba acariciarla, desplacé mi mano lentamente sin ningún temor, con el pulso totalmente estable, hasta llegar a su cabeza que acaricié repetidas veces hasta que la serpiente lentamente se marchó a otro lugar. Lama se reía a carcajadas, y repetía: *good, good, very good*. Yo tenía la sensación de que el único que me creía era Lama porque François y María mostraban cierta incredulidad. Lama contestó a todas nuestras preguntas ampliamente con respuestas sencillas pero muy elocuentes y savias. Lo último que dijo antes de despedirnos fue: estoy muy agradecido por vuestro trabajo, nunca me olvidaré de vosotros, tenemos un karma business juntos.

Cuando finalizó el curso Lama regresó a Nepal, y todos los que habían participado también se marcharon a sus respectivas vidas rutinarias. María y François regresaron a Bubión y yo me quedé para ultimar los trabajos que habían quedado pendientes. Cuando me quedé sólo tuve una recaída de energía tan brutal que me quede exhausto sin saber las razones de por qué experimentaba esas sensaciones. Después de que se marcharan todos, esa misma noche decidí dormir en la misma cama que Lama Yeshe había utilizado. Sin sentir ningún prejuicio, remordimiento ni cualquier otra sensación negativa, me acosté quedándome completamente dormido. A la mañana siguiente me levante feliz, contento, pletórico y sin saber las razones. Pero creí, sin dudar, que ése era el mejor regalo que Lama Yeshe me podía haber hecho, medicina para calmar la mente.

Gueshe Tempa Dharguey

Lama Yeshe nos asignó para O Sel Ling a Gueshe Tempa Dharguey de 63 años tibetano que iba acompañado del jovencísimo traductor thubten Sering (nepalí de 18 años). Fue muy complejo el proceso legal para arreglar toda la documentación para que viajaran a España, porque el Lama al ser refugiado tibetano, requería muchas más gestiones de lo normal, por fin llegaron en 1984.

Gueshe Tempa Dharguey con su llegada y estancia, colmó de bendiciones con sus enseñanzas al centro, a los residentes y las innumerables personas que pedían entrevistas personales continuamente para recibir sus sabios consejos. Estuvo residiendo en el centro hasta el día de su fallecimiento en el año 1995.

En 1984 falleció Lama Yeshe en California USA. Una gran tristeza nos invadió pero sabíamos que su espíritu y sus enseñanzas no nos abandonarían nunca.

El 12 de febrero de 1985, nació nuestro quinto hijo Osel. Este acontecimiento supuso un punto de inflexión en nuestras vidas, en nuestra comunidad y en el mundo, porque en 1986 Osel fue reconocido como la reencarnación de Lama Yeshe,

En el año 1986, llegaron al centro dos mujeres danesas que huían de la contaminación radioactiva que había provocado el accidente de la central nuclear de Chernóbil en Rusia, y que afectó también a su país. Llegaron con la propuesta de construirse una casita para usarla en retiros largos. El acuerdo al que se llegó con ellas fue que cuando no ocuparan la casita, el centro podía disponer de ella para otros meditadores y cuando ellas fallecieran la casita quedaría en propiedad del centro.

Esta casita, con el nombre de Vajrrayoguini, fue construida sin ningún material artificial, sin cemento, hierros, plástico o sustancias químicas, porque según decían les afectaba para la meditación. La casa fue construida con los muros de piedra y como argamasa usamos arena mezclada con cal, el techo con vigas de castaño, los interiores las construimos con un tabique de ladrillos formando una cámara de aire y revestidas con yeso, el suelo era de losas de barro prensado y hecho a mano. La impermeabilización del terrado la hicimos del modo más tradicional con una gruesa capa de launa y una buena pendiente para que el agua de la lluvia circulara sin estancarse.

El domo geodésico



Cuando el centro Nagaryuna de Monóvar cesó sus actividades divulgativas, el Ven Lama Lobsang Sultrin se trasladó a Barcelona junto con su traductor Wanchen. El domo fue desmantelado y transportado en un camión a Madrid donde fue almacenado a la espera de que hacer con él. La estructura estaba compuesta por unos 60 o 70 tubos de unos 3 metros de largo por unos 35 cm. de diámetro y con peso de 15 kg por

tubo. También había una docena de placas bases y una tela de plástico, que se colgaba con mosquetones por dentro de la estructura, con un peso de unos 70 kg.

El grupo de Madrid lo tenía a buen recaudo, pero sin posibilidades de darle una función útil. Para su montaje era necesario un buen solar amplio y plano y la ciudad carecía de zonas con esas características. François insistió en llevárselo a Bubión por dos razones, la primera porque esa estructura la había comprado su primo Philip directamente a los ingenieros, la segunda porque en O-Se-Ling se le daría una función provechosa y beneficiosa, ya que serviría para cursos de meditación de grupos mucho más numerosos. Una vez todos de acuerdo, el domo llegó a Bubión y lo almacenamos en la puerta de nuestra casa. Mirando los planos comprobamos que faltaban unos cuantos tubos, probablemente se perdieron en su transporte o alguien los utilizó para otras funciones. En definitiva, el domo no se podía montar sin completar todos los tubos, casualmente pasó por la alpujarra un herrero inglés que vivía en otro pueblo, al tener conocimiento de él le propusimos el trabajo, nada fácil, construir a mano los tubos que faltaban. Ése diestro profesional compró el material y fue capaz de darle forma y medidas adecuadas, construyéndolos a semejanzas de los otros tubos. Fue un trabajo admirable de pura artesanía.

La idea de montarlo en O-Sel-Ling era fantástica ¿pero dónde? Se barajaron varias opciones ¿Hacer un desmonte frente al cortijo y encajarlo allí? No era una buena opción, porque el volumen de tierra sería brutal y el coste muy alto. Finalmente, François tomó la decisión y sin consultar con nadie contrató a un buldócer de cadena, construyó una carretera de acceso hasta la parte más alta de terreno y en una ladera comenzó a extraer de la montaña material de rocas puras hasta crear una oquedad para dar cabida al domo. La inversión fue costosísima, pero gracias otra vez al soporte económico de su madre (Sra. Louis) fue posible esa proeza.

Una vez hecha la explanada, medimos el diámetro que ocuparía el domo y pintamos con minio (pintura antioxidante) los tubos antes de montarlos.

Una vez montado, la visión impresionaba por su majestuosidad. Era una estructura contemporánea, bella, resistente y con un interior amplio en la que se podía albergar más de cien personas sentadas. La tela de plástico que lo cubría ya no existía porque el sol y las heladas la había deteriorado tanto que decidimos quemarla. Pero a falta de la tela surgió otra idea nada fácil de realizar, si la llevábamos a cabo, no sería nada barata, porque tendríamos que contratar a peones del pueblo para llevar a buen fin el proyecto. La idea, era rellenar los triángulos que formaban geodésicamente los tubos con yeso vivo (una forma de amasar el yeso que fragüe rápidamente obteniendo una masa dura y resistente) pero si además, colocábamos entre el yeso tela metálica de la que se usa en los gallineros, el resultado sería yeso armado.

En aquel tiempo yo trabajaba en Bubión con la empresa Malagueña, MZOV SA, construyendo una villa turística de 43 módulos y que una vez finalizada fue inaugurada

por el Rey Don Juan Carlos. Yo estaba de adjunto con el encargado de la obra (Francisco Prados, un gran profesional) cuidándome del mantenimiento de grúas, parque móvil, herramientas y además conductor. Yo estaba trabajando en la empresa con total disponibilidad y como existía confianza y buen entendimiento les pedí que me prestaran temporalmente andamios para poder trabajar en el domo. No hubo inconveniente por parte de la empresa, me prestaron todos los andamios que pudiese necesitar y también el land Rover de la empresa. Una vez colocado el andamiaje, se cortaron los tableros de contrachapado a medida de cada triángulo y se sostuvieron a los tubos con alambres, una vez fijados los tableros, se vertía el yeso por la parte superior que se solidificaba rápidamente y por fin se daba forma al triángulo tanto por fuera como por dentro del domo. La elaboración era lenta pero el resultado final era excelente. ¿Pero qué sucedería si comenzase a llover? Probablemente se iría desmoronando el yeso con el agua, pero no podíamos permitir que sucediera, porque todo el trabajo habría sido inútil. Decidimos comprar un enorme plástico que extendíamos sobre los triángulos a medida que se iban terminando y los protegíamos de un posible desastre. Una vez seca toda la estructura externa, era necesario impermeabilizarla y para ello utilizamos una capa de poliuretano sintético, producto que se usa para proteger los cascos de los barcos. El siguiente paso era pintar de blanco por dentro.

Después, en un fin de semana, extendimos una gruesa capa de hormigón por todo el diámetro del interior del domo. Se encargó a un taller de costura, la fabricación de fundas de lona blanca que se rellenaron con planchas planas de gomaespuma para cubrir toda la superficie interior del domo. Una vez finalizados todos los trabajos y colocados los cojines para que los meditadores pudieran sentarse, la impresión de la estancia parecía irreal porque daba la sensación de estar en una cápsula espacial y no podías resistirte al deseo de sentarte tranquilamente en silencio para percibir la energía tan positiva que irradiaba de aquel lugar.

Desde un principio el domo se ofrecía para todo tipo de actividades, cursos de meditación, retiros de grupos de budismo tibetano y Zen; Grupos de Shiatsu, chamanismo, Yoga...

A partir de ese momento, O Sel Ling fue creciendo gradualmente hasta convertirse en lo que es en la actualidad, un centro budista consolidado y conocido a nivel mundial por el que han pasado reconocidos maestros del Dharma y que ha ofrecido la oportunidad de encontrar el camino hacia la espiritualidad a multitud de personas.

En el año 1993 (aprox.), el director en funciones François, fue sustituido por Estrella Mamper, cuando este cesó de su cargo exigió al centro en reiteradas ocasiones la devolución del dinero que había invertido durante su periodo como director. La nueva directora era una excelente ejecutiva que supo gestionar admirablemente O Sel Ling destacando en la financiación y en la economía. Ella logró recaudar, de diversas fuentes, el dinero que François le pedía.

Con Estrella, comenzó un ciclo en el que hasta ahora, 2019, todos los directores han sido mujeres: Isabel, Gloria, Paloma, Carmen y Ana. Cada una de ellas ha ido desarrollado en diferentes áreas, proyectos maravillosos, con suma inteligencia y esmerado cuidado, siempre teniendo en cuenta los consejos de nuestro querido maestro Ven Lama Zopa: ofrecer óptimas condiciones para que los que se determinen en inspeccionar su mente a través de la meditación tengan la oportunidad de utilizar el centro como vehículo para seguir el camino del Dharma.

Paco Hita